

La vida que perdimos

CONSOLACIÓN GONZÁLEZ RICO



2ª
Edición

PREMIUM

Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[LA VIDA QUE PERDIMOS](#)

PREMIUM EDITORIAL

©: Consolación González Rico, 2018.

©: Premium Editorial, 2019.

www.editorialpremium.es

Edición: Premium Editorial.

Diseño cubierta: Premium Editorial.

Imagen cubierta: Carolina Bensler.

I.S.B.N. DIGITAL: 978-84-949633-8-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por impresión, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la Propiedad Intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*A quienes se vieron obligados
a abandonar la vida que fue suya,
a cambiar de tierra,
a agarrarse a otro suelo...*

*A esos árboles trasplantados
que dejaron lejos las raíces del corazón.*

LA VIDA QUE PERDIMOS

El año comienza con medida en los termómetros, aunque la niebla se ha desprendido muy temprano de los dos ríos que rodean Poitiers y ha ascendido de prisa hasta el promontorio donde se asienta la ciudad. Un sol apenas definido intenta atravesar la barrera de nubes esponjosas y blanquecinas que se pegan a los tejados.

Casi en perfecta sincronía, los relojes de la Catedral de San Pedro y de la iglesia de Nuestra Señora la Grande dejan caer tres campanadas vibrantes sobre la veladura gris que lame las cúpulas.

Son las tres de la tarde, y en el número 4 de la calle Saint Denis es la hora de la cita con las noticias que llegan del otro lado de los Pirineos.

En el interior de una vivienda levantada en dos plantas, situada en pleno centro de la ciudad histórica, habita un viejo artista de origen español, venido del exilio en los albores de la dictadura franquista cuando tan sólo era un adolescente.

Sus dotes con la gubia y el cincel, añadidas a su buen hacer con los pinceles, cualidad esta última heredada de su padre, le han permitido trabajar como restaurador y conocer de este modo cada uno de los monumentos de la ciudad. En casi todos ellos, al igual que su padre y su hermano, tuvo ocasión de dejar la impronta de su talento: sillerías, arquivoltas, gárgolas, vidrieras, lienzos, frescos policromados y retablos fueron pasando durante más de cinco décadas por las manos de Ricardo González-Coruvo. Un vir-

tuoso de la pintura y de la talla como lo fuera Rogelio, su padre, con la cerámica. Un artista con el martillo y el escople como su abuelo Cayetano, de quien su abuela siempre decía que tenía manos de gloria cuando trabajaba la piedra.

Al escuchar en los dos relojes el dueto casi unívoco de las campanas, Ricardo no puede evitar que su memoria se encarama en los andamios desde donde le gustaba trazar cuando mozo, a vista de pájaro, una línea imaginaria con la que unía los dos monumentos con la casa familiar. Era una especie de delineación invisible mediante la que obtenía un triángulo isósceles casi perfecto, en el cual la vivienda que sus padres habían adquirido en el casco histórico de la ciudad, su casa ahora, marcaría junto con la iglesia románica de Nuestra Señora la Grande los vértices del lado menor. Y por aquella ruta triangular navegaban sus ojos sobre los tejados.

Pero en este momento el hombre no dispone de tiempo para recrearse en vuelos imaginarios del pasado; tiene que atender otras prioridades.

Siguiendo su vieja costumbre, lo mismo que los relojes, prepara el ritual cotidiano para recibir vía satélite el telediarario que le acercará la actualidad de España.

Arrastrando sus zapatillas de paño azul, Ricardo se acerca a la pequeña mesa auxiliar situada en uno de los rincones. Mueve la cabeza con aire contrariado y despótica contra la tozudez de Madeleine, la joven que se ocupa de traerle a diario la compra, prepararle la comida, limpiar la casa y tener a punto sus ropas, amén de escuchar con buena cara y mejor talante sus añoranzas de viejo nostálgico.

—De poco me sirve repetirle mil veces a esta muchacha que deje el mando en la mesa —rezonga el hombre mientras lo alcanza con dedos convulsos.

Vuelve a su sillón, no sin lamentar que con los años se resientan los huesos y se agote la paciencia. Le cuesta

aceptar que el tiempo se haya llevado la ligereza de sus manos y de sus pies, alas en sus años de gloria con las que casi volaba por los tejados de Poitiers. Pero lo peor de todo es que, no conforme con demoler su cuerpo, el último lustro ha agriado también su carácter, y lo que menos quisiera es convertirse en un viejo cascarrabias. «Desde poco, su padre es *protestador* con la vida», le ha oído decir por teléfono a Madeleine cuando habla con sus hijas creyéndole dormido en el sillón.

Lo malo es que tiene razón Madeleine, reconoce el hombre bien a su pesar mientras pulsa el botón del pequeño artilugio que le traerá los aires, cada vez más turbios, de una tierra que por mucho que la haya añorado ya no sería lugar deseable, ni siquiera para su descanso final. El día en que la muerte decida llevarse sus despojos, les tiene dicho a sus hijas que sus cenizas sean esparcidas por las aguas del río Clain. O del Boivre, su afluente. De este modo, abrazará como ellos a la ciudad que acogió el desarraigo de su familia, al lugar al que llegaron los cuatro sin raíces, como esas plantas inermes arrancadas por el huracán de la tierra donde nacieron, y así formará parte del sitio en el que hallarían el mejor campo para encauzar su vida y desarrollar su arte.

Por eso quiere morir en Poitiers y confía en que sus hijas cumplan su última voluntad.

Ha sintonizado Antena 3 y el telediario comienza a desgranarse sin sorpresas. En la pantalla aparece la presentadora de todos los días, rubia y con ojos claros. No recuerda su nombre, pero sí el detalle que le comentó su hija mayor no hace mucho acerca de ella: al parecer había ampliado estudios no lejos de allí; precisamente en la Universidad de Burdeos.

Los ojos y los oídos de Ricardo no se apartan del televisor. Ni él mismo entiende su perseverancia. Se lo debe a Rogelio, su padre, y lo hace en su memoria.

Parapetado en la butaca, como lo haría cualquier cinéfilo ante la proyección mil veces repetida de su película favorita, aguarda las noticias de un país añorado y lejano, aun a sabiendas de que no se producirá ninguna nueva que muestre el cambio ya olvidado con el que cada día soñaba su padre: la transformación de una sociedad que por desgracia sigue adoleciendo, todavía con más virulencia en los últimos años, de la desigualdad y la injusticia, de la miseria y la corrupción.

De sobra sabe Ricardo, la experiencia se lo dice, que no tendrá aguante para esperar a que le cuenten las previsiones del tiempo, que ahí sí que se explayan con ganas. Como si no hubiese nada más importante que contar rayos o medir el espesor de la nieve en las pistas de esquí.

Siempre hay algo que le saca de sus casillas, que le enfurece o le exaspera hasta hacerle renegar de su inútil adición, y entonces empuñará el mando con rabia, ahogará la voz y las imágenes, y se dispondrá a dormir en su sillón.

La cara de Ricardo comienza a crisparse. Un día más siguen atufándole con el mal aliento que desprenden las instituciones en España. Nombres nuevos que se suman a la lista de casos nuevos o viejos. Tramas y desmanes en la política y en la economía. Imágenes de desahucios y de pobreza. Al fin y al cabo, todo se reduce a dinero y a poder, piensa el hombre con indignación mientras trata de accionar un mando que se resiste ante la torpeza de sus dedos.

Ricardo tiene que presionarlo varias veces hasta que logra desconectar el televisor; su pulso ya no es lo que era.

Y sin poder evitarlo, increpa malhumorado a quienes en su opinión han contribuido durante décadas al rotundo fracaso de las instituciones democráticas.

—¡Cabrones! Lobos con piel de demócratas, que hacen las leyes para unos cuantos. Para los sinvergüenzas que se reparten el pastel. ¡Si mi padre levantara la cabeza! Cuarenta años ya de la muerte del dictador, y el dinero tiene

secuestrada la democracia. Y lo peor es que lo manejan los mismos que manipulan las reglas del juego.

Vocifera su frustración, aunque sabe que nadie le escucha. Michèlle, su mujer, murió hace seis años. Nadine y Mi-reille, sus dos hijas, se casaron hace más de tres décadas con funcionarios parisinos y en París tienen sus vidas (no puede quejarse; vienen a verlo una vez al mes en quincenas alternas), y Madeleine no volverá hasta el día siguiente a las ocho, así que, por mucho que se esfuerce, sus palabras no saldrán de las cuatro paredes contra las que choca su rabia. Porque eso es lo que siente cuando, ya cerca del final, le abrumba la certeza de que le ocurrirá lo mismo que a su padre: jamás verán sus ojos, aunque sea en el exilio y a dos pasos de la muerte, una España donde se respete por fin a las personas sin hacer distinciones.

Y no lo siente ya por él, sino por las generaciones herederas de quienes lucharon hasta la muerte por una nación libre. Por un derecho fundamental al que tantos miles de españoles hubieron de entregar la vida o condenarla al destierro.

«Una nación, construida desde los derechos de las clases obreras, a las que hay que poner al alcance de la mano el instrumento valioso de la cultura. Sin la una no puede lograrse la otra, porque la capacidad para decidir tiene que nacer de un pensamiento libre, y este, mal puede gestarse en la mente de quienes no han conocido durante siglos mayor necesidad que la de su supervivencia».

¡Cuántas veces oyó Ricardo a su padre repetir estas palabras! Diríase que a Rogelio se le quedaron grabadas en la cabeza desde aquel día en que fueran pronunciadas por Manuel Azaña en la plaza de toros de Talavera de la Reina, allá por la primavera de 1931.

La víspera habían viajado al pueblo los cuatro; sus padres, su hermano y él, para llevarse con ellos a su abuela

Crisanta. Rogelio estaba seguro del agrado con el que su madre recibiría tan gustosa invitación. No se habría perdido por nada del mundo la visita a Talavera de un político a quien conocía de muchos años atrás, justo desde que tuvo la ocasión de escucharle, allá por febrero de 1918, cuando don Manuel, como ella solía llamarle desde entonces, se presentaba a las elecciones generales como diputado por Puente del Arzobispo, y arengaba a la gente desde el balcón del ayuntamiento con motivo de la campaña electoral. Y es que por aquel entonces la familia se había trasladado precisamente a este pueblo por una larga temporada, aprovechando que su abuelo Cayetano andaba por aquellos contornos inmortalizando en piedra los apellidos de la gente de posibles en las fachadas de las casas.

Estos detalles los conocería Ricardo por boca de su abuela algunos años más tarde, cuando su padre se alistó en el frente y pasaron con ella los tres años que duró la guerra.

El día anterior al mitin se acostaron temprano. Muy de mañana debían coger la rápida que los llevaría de Torrecilla a Talavera.

La noche pasó en un suspiro. Su madre entró en la habitación que compartía con su hermano y los arrancó a los dos de la cama antes de que la luz del alba atravesara los nudos de las contraventanas.

—Vamos, hijos, que padre y abuela ya están listos.

—¿Dónde hay que ir tan pronto, madre? —preguntó su hermano restregándose los ojos mientras él se daba media vuelta y se tapaba la cabeza.

—No me digas que con el sueño se te han ido las memorias. Ya te dijo tu padre anoche que hoy había que madrugar: viene Manuel Azaña a Talavera y la camioneta no nos va a esperar, así que ¡arriba!

—¿Y quién es Manuel Azaña, madre? —preguntó Carlos mientras con diligencia comenzaba ya a ponerse la ropa nueva que su madre le había puesto sobre la cama.

—El hombre que va a arreglar España, como dice vuestra abuela —oyó Ricardo decir a Pilar, mientras esta tiraba de la manta en la que se había arrebujado, con la intención de seguir durmiendo algunas horas más.

De aquel día de primavera Ricardo guarda imágenes vagas del viaje en la rápida desde el pueblo a la ciudad de la cerámica; de las idas y venidas de los vencejos, que revoloteaban como locos el redondel del cielo delimitado por las paredes de la plaza de toros; del hombre con gafas redondas que no paraba de hablar de cosas que entonces no entendía, pero que a juzgar por el entusiasmo de su abuela y de sus padres, y por los vítores de la multitud que le interrumpía sin cesar, el niño que era entonces fue capaz de intuir que lo que había dicho su madre era verdad: España estaba rota y aquel hombre iba a arreglarla. Por eso la gente se ponía contenta y se levantaba del asiento.

Ricardo tiró de la falda de su abuela y le preguntó:

—¿Qué le pasa a España, abuela?

—Nada que este hombre no pueda apañar, hijo —respondió ella recalcando las mismas palabras que al despertar por la mañana le había oído decir a su madre.

Y dicho esto, su abuela Crisanta los cogió de las manos a su hermano Carlos y a él, les hizo levantar los brazos y los invitó a que repitieran con ella las palabras que todos coreaban a gritos:

—¡Viva Azaña! ¡Abajo la monarquía!

Ricardo mueve la cabeza, como si de este modo pretendiera sacudirse los pensamientos. Echa mano de la manta de cuadros azules y blancos que Madeleine le deja siempre doblada en el sofá, se envuelve con ella las piernas y, antes de que el sopor de la tarde acuda a rescatarle, no

puede evitar que su desencanto se convierta en queja. Y sus cavilaciones, envueltas en la pátina oscura de los años, se proyectan desde el foco de sus ojos cansados hasta los pliegues blancos de los visillos, por los que un rayo de sol parece haberse burlado de la niebla.

Ochenta años desde entonces, y España sigue rota. Ni sé por qué me empeño en poner las noticias, si bien seguro estoy de que van a cantarme cada día la misma canción. ¿Qué se puede esperar a estas alturas? Siempre he dicho que lo malo de la vejez no es la torpeza de las piernas, ni que la vista te empiece a fallar. Tampoco importa mucho si el oído se endurece, que no es que suenen melodías a cada paso. Lo peor del final del camino es cargar con los engaños. Tener que levantarse cada día a convivir con los fantasmas de otros tiempos; esos que se quedan a vivir con nosotros en la despensa del corazón por los restos, como decía mi madre.

Y lo más duro de todo es no tener más remedio que decir adiós a las ilusiones; a esos sueños que se mueren antes que nosotros y cuyos cadáveres descompuestos la vida se encarga de echar sobre nuestras espaldas, hasta que nos llega la última hora...

¡Inocente de mí! Después de tantos años abrigaba la esperanza de poder decir algún día con la cabeza bien alta y la memoria en paz: «No fue en vano, padre; yo he visto con estos ojos el triunfo de su lucha en el frente».

Hoy, por desgracia, sé que ese día nadie se ocupó de escribirlo en el calendario de mi vida, que si es verdad que hubo un tiempo en el que tuve esperanza, hoy me toca ver el fracaso de una democracia que no ha sabido actuar con honradez y justicia.

Y el pensamiento de Ricardo, preso del desencanto y del desgaste de los años, se entrega sin oponer resistencia

al sueño que cada día acude fiel a salvarlo de sus guerras interiores.

Cuando los relojes de la Catedral de San Pedro y de Nuestra Señora la Grande, casi en perfecta sincronía, dejan caer cuatro campanadas envolventes sobre los tejados de Poitiers, la niebla ya se ha levantado, y un sol mortecino comienza a pintarlos con brillos húmedos.

Y en el número 4 de la calle San Denis, la luz lechosa de enero atraviesa los visillos. Se diría que intenta poner una nota de tibieza en la figura quieta y angulosa de Ricardo, quien, como cada tarde, después del interrumpido telediarario, termina por adormilarse en el sillón.

Se despierta sobresaltado. Le ocurre con frecuencia. Diríase que su subconsciente rechaza el sueño profundo, la ausencia prolongada de la conciencia, que no deja de ser, a juicio de Ricardo, un paréntesis impuesto por la fatiga de la vida. Un respiro para las añoranzas. Pero también la tumba oscura que en cierto modo se asemeja a la muerte.

Sabe que le queda poco tiempo, tal vez sea esta la razón por la que intenta estrujar cada instante su pensamiento. Agradece a la naturaleza la lucidez que conserva, y la aprovecha para revivir momentos de su vida; acontecimientos que le fueron marcando el camino. Desde sus primeros años, hasta la vejez que le castiga ahora, y que apenas le sostiene en pie.

Y mientras la niebla vuelve a la querencia de los tejados, y los visillos se hacen eco de la oscuridad que antecede a la noche, Ricardo retorna, como tantas veces, a un tiempo que ya sólo habita en el recuerdo.

El pueblo donde nació se levantaba sobre una suave colina y, al igual que en Poitiers, por sus lindes discurrían dos ríos, Sangrera y Castaño, más bien dos arroyos, cuyas aguas se fundían en un abrazo líquido muy cerca de las últimas casas, antes de seguir su curso en busca del Tajo.

Rogelio, su padre, marchó a Talavera para trabajar en el taller de Ruiz de Luna siendo todavía un zagalón. Allí conoció a la que sería su mujer y allí se establecieron tras el casamiento.

El hecho de que Pilar fuera huérfana desde bien chica la llevó a buscar el apoyo de su suegra y sus cuidados cuando le llegó la hora del parto, razón por la que los dos

hermanos, Carlos y él, vinieron al mundo en Torrecilla de los Valles.

Además, el talante acogedor de su abuelo Cayetano y de su abuela Crisanta, la casa siempre abierta y deseosa de risas infantiles, y el afán por el arte que su padre y su abuelo compartían hacían que las visitas de Talavera al pueblo fuesen frecuentes, hasta el punto de que los veranos se convirtieron en destino obligado. Sobre todo para ellos, que en cuanto cerraban la escuela, se volvían locos por disfrutar la libertad sencilla que hallaban en la aldea; los juegos hasta la noche bajo un techo de estrellas; los campos sin límites donde perderse a sus anchas.

Es verdad que los años han barrido de la cabeza de Ricardo numerosos detalles de aquel tiempo, sin embargo, hay otros que aparecen nítidos; cristalinos como las aguas que rodaban bajo el puente de piedra cuando el arroyo no venía crecido.

Precisamente las riadas provocadas por las épocas de lluvias eran festejadas por los chiquillos del pueblo, que acudían al Puente Romano alborozados para volar de un lado al otro sin mirar siquiera los remolinos ruidosos, del color del chocolate, que parecían llamarlos por su nombre con insistencia.

Aquel día había llovido mucho, y las aguas revueltas apenas distaban un palmo de las piedras sin barandilla que conformaban su escueta arquitectura.

—Mucho ojo con acercaros al puente, hijos —les decía su abuela Crisanta a su hermano Carlos y a él mientras les preparaba un buen cantero de pan con miel para la merienda.

Era entonces cuando su tía Inés, la única hermana de su padre, la que siempre tenía los labios morados y el corazón de cristal, como le habían oído murmurar en alguna ocasión a su abuela Crisanta, hacía un gesto condescendiente con los ojos invitándolos a salir corriendo.